

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ Y LA DIPLOMACIA DEL RÉGIMEN POSREVOLUCIONARIO MEXICANO, 1920-1931

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ AND THE DIPLOMACY OF THE MEXICAN POSTREVOLUTIONARY REGIME, 1920-1931

Agustín Sánchez Andrés
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
ORCID: 0000-0001-6569-5067

Resumen: El régimen posrevolucionario mexicano utilizó la diplomacia cultural para contrarrestar estereotipos negativos y proyectar una imagen positiva en el exterior a fin de normalizar sus relaciones con el resto del mundo y construir contrapesos al intervencionismo estadounidense. La gestión de Enrique González Martínez en Sudamérica y España entre 1920 y 1931 es un ejemplo de la diplomacia cultural mexicana de Entreguerras.

Palabras claves: Enrique González Martínez, diplomacia cultural, Revolución Mexicana

Abstract: The Mexican post-revolutionary regime used cultural diplomacy to counter negative stereotypes and project a positive image abroad in order to normalize its relations with the rest of the world and build counterweights to US interventionism. The management of Enrique González Martínez in South America and Spain between 1920 and 1931 is an example of the Mexican cultural diplomacy between the wars.

Keywords: Enrique González Martínez, cultural diplomacy, Mexican Revolution

El poeta en el marco de la diplomacia cultural mexicana

La trayectoria vital y profesional de Enrique González Martínez sigue los mismos derroteros que la de un grupo de intelectuales y literatos formados durante el Porfiriato que supieron adaptarse a las nuevas condiciones creadas por la Revolución Mexicana para acabar formando parte de la nueva élite cultural del régimen posrevolucionario.

Nacido en Guadalajara en el seno de una familia de clase media. Tras estudiar medicina se trasladó a Culiacán, donde desempeñó una carrera como funcionario público del régimen porfirista. Bien relacionado con el poder, obtuvo el acta de diputado suplente por sendos distritos de Chihuahua y Veracruz, si bien no llegó a sentarse en el Congreso.¹ Su verdadera pasión fue, sin embargo, la poesía, actividad en la que pronto adquirió renombre tras la publicación de sus dos primeras antologías, *Preludios* (1903) y *Lirismos* (1907). La aparición en 1909 de su tercer poemario (*Silénter*) le valdría ingresar como correspondiente en la Academia Mexicana de la Lengua. Su obra parte del modernismo para evolucionar hacia la depuración simbolista de los excesos de este estilo, tomando como principales referencias tanto a la literatura española del Siglo de Oro como a la poesía católica francesa.

En 1911 se trasladó a la Ciudad de México, donde trabajaría como docente en la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela Normal de Maestras y la Escuela Nacional de Altos Estudios, al tiempo que desarrollaba una ingente actividad cultural. La publicación de su cuarto libro de poemas (*Los senderos ocultos*) terminaría de consolidar su prestigio literario y le valdría ser nombrado miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua. En la capital se integraría en el Ateneo de la Juventud, organismo que agrupaba a lo más selecto de las letras mexicanas desde su creación en 1909, que González llegaría a presidir en 1912. Ese mismo año fundaría la revista literaria *Argos*.

Por mediación de su amigo, el también poeta Luis G. Urbina, González se integró en el equipo editorial del diario *El Imparcial*, marcadamente hostil al gobierno de Francisco

¹ La trayectoria vital y profesional del poeta con anterioridad al inicio de su carrera diplomática puede seguirse en la primera parte de su autobiografía: Enrique González Martínez, *Misterio de una vocación. El hombre del Buzo* (México: EOSA, 1985).

I. Madero.² Tras el golpe de estado de Victoriano Huerta en febrero de 1913, González sería nombrado subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes y poco después secretario general del gobierno de Puebla. Ello produciría su relegamiento tras la caída de la Dictadura. González sobrevivió precariamente de su actividad editorial y a partir de 1919 de sus colaboraciones en *El Heraldo de México*, creado por Salvador Alvarado para alimentar su fallida candidatura presidencial.³ Esta fue, probablemente, una de sus etapas más fructífera como poeta. Entre 1915 y 1918 publicó sucesivamente *La muerte del cisne*, *La hora inútil*, *El Libro de la Fuerza*, *la Bondad y el Ensueño* y *Parábolas*. Paralelamente, junto a los poetas Ramón López Velarde y Efrén Rebolledo, fundó en 1917 la revista cultural *Pegaso*.

Como vemos, al igual que en el caso de otros literatos e intelectuales de su generación, su figura no perteneció inicialmente a la élite cultural revolucionaria, sino que fue producto del realineamiento tardío de un sector de las élites intelectuales porfiristas con el régimen posrevolucionario tras la caída de Huerta. Para entonces, González era uno de los poetas más famosos de México, estrechamente relacionado con el grupo de los ateneístas, constituido, entre otros, por Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán. Su prestigio literario le sirvió para acercarse a la nueva élite política revolucionaria y acabó haciendo posible su conversión en diplomático. En este sentido, el perfil de González respondía enteramente a las exigencias de la diplomacia cultural puesta en marcha por el nuevo régimen mexicano, como parte de una estrategia de *soft power* dirigida a facilitar la normalización de las relaciones del México revolucionario con el resto del mundo, interrumpidas durante el proceso revolucionario.⁴

Esta estrategia respondía a la necesidad de promover una imagen positiva del México posrevolucionario en el exterior, que permitiera superar la percepción negativa del

² Ariel Rodríguez Kuri, "El discurso del miedo: *El Imparcial* y Francisco I. Madero", *Historia Mexicana*, XL, 4 (México, 1991), pp. 697-740. Sobre su paso por *El Imparcial*, vid. Enrique González Martínez, *La apacible locura* (México: Cuadernos Americanos, 1951), pp. 36-41.

³ *Ibid.*, pp. 55-58.

⁴ El concepto de *soft power* enunciado por Nye hace referencia a la capacidad de un país para influir sobre cómo es percibido en el exterior. Joseph S. Nye, *Soft Power: The Means to Success in World Politics* (Nueva York: Publicaffairs, 2004).

país creada por la Revolución Mexicana y alimentada por la prensa estadounidense en el contexto de las presiones de Washington para resolver sus diferendos con el nuevo régimen revolucionario. Para ello, tanto Carranza como Obregón recurrieron a colocar al frente de las representaciones diplomáticas a figuras destacadas del mundo cultural mexicano con la misión de aprovechar su prestigio y sus contactos con la élite cultural europea y americana para proyectar una imagen positiva del nuevo régimen político mediante una incesante actividad propagandística por medio de artículos, conferencias y actos públicos que llegaron a constituir una parte importante de su labor diplomática.⁵ Esta vertiente de la diplomacia cultural sirvió a los sucesivos gobiernos mexicanos tanto para difundir una nueva imagen del país vinculada al nacionalismo revolucionario, como para diversificar sus relaciones exteriores y buscar contrapesos frente a la amenaza representada por las pulsiones intervencionistas de los Estados Unidos, incrementadas a raíz de la aprobación de la Constitución de 1917.⁶

Esta estrategia de incorporación de intelectuales y literatos al servicio exterior por su utilidad como propagandistas del nuevo régimen posrevolucionario fue iniciada por Carranza, quien a partir de 1918 repescó para la diplomacia mexicana a algunos escritores que habían apoyado directamente al régimen huertista, como José Juan Tablada, antiguo director del *Diario Oficial*,⁷ o Amado Nervo, ex primer secretario de la legación huertista en Madrid.⁸ El momento álgido de esta política tendría lugar, no obstante, durante los gobiernos de Obregón y Plutarco Elías Calles, momento en el cual se incorporarían a la diplomacia mexicana figuras de la talla de Alfonso Reyes, Genaro Estrada, Jaime Torres Bodet, Gilberto Owen, Efrén Rebolledo y Enrique González Martínez, entre otros.⁹

⁵Alexandra Pita González, “La diplomacia cultural mexicana en la entreguerra: una aproximación al debate”, *Diplomacia oficiosa, representaciones y redes extraoficiales en la historia de América Latina*, coord. Fabián Herrera León (Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2015), pp. 107-130.

⁶ Robert Freeman Smith, *Los Estados Unidos y el nacionalismo revolucionario en México, 1916-1932* (México: Extemporáneos, 1973), pp. 235-237.

⁷Jorge Ruedas de la Serna, “José Juan Tablada. Avant-garde”, *Escritores en la diplomacia mexicana*, vol. II (México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998), pp. 73-93.

⁸ Acervo Histórico Diplomático Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México (en adelante AHDGE-SRE), L-E-308. Expediente de Amado Nervo.

⁹ Hay numerosos estudios relativos al papel jugado en dicha estrategia por Reyes, Estrada y, en menor medida, por Torres Bodet, pero no sucede lo mismo en relación con el resto, como es el caso de González Martínez, cuya trayectoria diplomática es abordada de manera conjunta por primera vez en este artículo.

González Martínez y el acercamiento mexicano al Cono Sur

La incorporación de González a la diplomacia no tuvo lugar hasta la llegada al poder del grupo de los sonorenses en mayo de 1920. A diferencia de otros escritores, como Tablada o Nervo, que habían sido “perdonados” y reclutados por el servicio exterior pese a haber colaborado con la dictadura huertista, la administración carrancista mantuvo a González en el ostracismo, llegando incluso a vetar su nombramiento como uno de los integrantes de la comisión mexicana designada por la Universidad Nacional de México para asistir al IV Centenario de Miguel de Cervantes.¹⁰

La cercanía de González a Alvarado, que ocupó la Secretaría de Hacienda en el gobierno provisional de Adolfo de la Huerta, propició el acercamiento del poeta al nuevo régimen. Los reacomodos producidos dentro de la diplomacia mexicana tras el triunfo del Plan de Agua Prieta terminaron de facilitar la incorporación de González al servicio exterior.¹¹ La necesidad de contar con figuras de prestigio que facilitaran el reconocimiento internacional del nuevo gobierno surgido del asesinato de Carranza influyó seguramente en la rápida designación del poeta. Tan sólo un mes después del magnicidio, el gobierno delahuertista, encargado de organizar las elecciones que darían en diciembre la presidencia a Obregón, nombró a González ministro plenipotenciario y enviado especial en Chile.¹²

El estrechamiento de los lazos con América del Sur constituía uno de los principales objetivos de la política exterior de De la Huerta y Obregón, interesados en trenzar una red de alianzas con los principales países sudamericanos para frenar el creciente intervencionismo estadounidense en la región. El principal foco de interés estaba constituido por los integrantes del denominado Grupo ABC (Argentina, Brasil y Chile), que en 1914 habían mediado para evitar que la ocupación estadounidense de Veracruz desembocara en un conflicto abierto con México, pero que entre 1919 y 1920 habían evitado verse involucrados en las nuevas tensiones entre México y Washington.¹³ En este

¹⁰ González Martínez, *La apacible locura*, p. 135.

¹¹ Isidro Fabela, *Memorias de un diplomático de la Revolución Mexicana y puntos principales de los tratados de Bucarelli* (México: Jus, 1981), pp. 131-136.

¹² AHDGE-SRE, 3-8-7 (I). Cancillería a González, México, 18 de junio de 1920.

¹³ Guillermo Palacios y Ana Covarrubias, *Historia de las relaciones internacionales de México, 1810-2010. América del Sur* (México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 2011), pp. 172-174.

contexto, la masiva campaña de prensa impulsada por el gobierno y las empresas estadounidenses para desprestigiar a México en esta región preocupaba especialmente a la Cancillería mexicana.¹⁴

Chile había sido uno de los pocos países que habían mantenido de manera ininterrumpida sus relaciones diplomáticas con México a lo largo de todo el proceso revolucionario. Pese a ello, existía cierta incertidumbre relativa a si el gobierno de Santiago reconocería a Obregón tras el asesinato de Carranza, dadas las presiones de Washington y de otras potencias europeas para condicionar dicho reconocimiento al compromiso del nuevo gobierno de atender las reclamaciones pendientes.¹⁵ La principal misión de González era, por lo tanto, conseguir el reconocimiento chileno.

El poeta jalisciense llegó a Santiago en septiembre de 1920, pocos meses antes de la toma de posesión de Arturo Alessandri. González viajó en compañía de su hijo, Enrique González Rojo, tercer secretario de la legación. Poco después se les uniría en calidad de primer secretario el también escritor Antonio Castro Leal, cuya popularidad le llevaría a ser conducido en hombros hasta la legación mexicana tras una conferencia en la Universidad de Chile.¹⁶ González encontró a su llegada un clima de desconfianza generalizada hacia la Revolución Mexicana. El nuevo representante debió enfrentar asimismo los celos provocados por la caída de Carranza, “cuyo aspecto dictatorial había despertado simpatías” en la conservadora sociedad chilena, que consideraba al nuevo gobierno “una usurpación”.¹⁷

La rápida pacificación del país durante la administración delahuertista y la indignación provocada en Chile por las presiones de Washington sobre México facilitaron, sin embargo, las gestiones de González, quien fue recibido oficialmente por el presidente saliente, Juan Luis Sanfuentes. El autor de *La muerte del cisne* comenzó su labor de

¹⁴ Sobre esta campaña, *vid.* Pablo Yankelevich, *Miradas australes, propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930* (México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México y Secretaría de Relaciones Exteriores, 1997), pp. 147-148.

¹⁵ AHDGE-SRE, 41-8-6. González a Cancillería, Santiago, 20 de septiembre de 1920.

¹⁶ Castro era uno de los denominados “Siete sabios”, que continuaron en México la labor de renovación cultural iniciada por el Ateneo de la Juventud. En 1928 sería nombrado rector de la Universidad Nacional. Sobre este incidente, *vid.* González Martínez, *La apacible locura*, p. 94.

¹⁷ AHDGE-SRE, 3-8-7 (2). González a Cancillería, Santiago, 1 de marzo de 1922.

atracción gestionando su nombramiento como embajador especial con motivo de la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento del Estrecho de Magallanes, lo que le obligaría a trasladarse a Punta Arenas en octubre de 1920 en el curso de un agitado viaje.¹⁸ Paralelamente, el poeta emprendió nada más llegar una activa campaña de propaganda resaltando los logros del proceso revolucionario y la sintonía de algunos aspectos del programa de reformas sociolaborales defendido por Alessandri con el constitucionalismo social mexicano.¹⁹

Las gestiones de González contribuyeron a que Alessandri —a diferencia de la mayoría de los gobiernos latinoamericanos— reconociera a Obregón en diciembre de 1920 y autorizara a su ministro en México a asistir con carácter oficial a su toma de posesión.²⁰ La decisión de Alessandri no sólo ponía de relieve la independencia de la política exterior chilena, sino que constituía un gesto de acercamiento a México en un momento en que las presiones de Washington habían provocado que la mayoría de los países europeos y latinoamericanos se limitaran a reconocer al gobierno de Obregón como gobierno *de facto*. El gobierno chileno envió además una delegación especial a la celebración del Centenario de la Consumación de la Independencia de México en septiembre de 1921, organizado por Obregón como parte de su estrategia para forzar el reconocimiento exterior. Un gesto que fue correspondido por el presidente mexicano, al visitar con todo su gabinete la legación chilena y cambiar el nombre de una de las calles del centro de la Ciudad de México por el de República de Chile.²¹ Todos estos actos de carácter simbólico tuvieron un reflejo geopolítico en el efímero acercamiento entre ambos países durante el primer gobierno de Alessandri. Una colaboración que se traduciría en las promesas mexicanas de respaldar la posición chilena en la controversia con Perú sobre Tacna y Arica, especialmente en el caso de que México ingresara en la Sociedad de Naciones, lo que no llegó a producirse.²²

¹⁸ González Martínez, *La apacible locura*, pp. 86-89.

¹⁹ Sobre el proyecto reformista de Alessandri, *vid.* Eduardo Cavieres, “Chile en el mundo”, *Chile. La apertura al mundo, 1880-1930*, comp. Baldomero Estrada (Madrid, Mapfre, 2014), pp. 68-78.

²⁰ AHDGE-SRE, 41-8-6. Cancillería a González, México, 2 de diciembre de 1920.

²¹ AHDGE-SRE, 3-8-7 (I). Cancillería a González, México, 19 de diciembre de 1921.

²² Fabián Herrera León, “México en la Sociedad de Naciones: sobre su exclusión e ingreso (1919-1931)”, *Historia Mexicana*, LXIX, 4 (México, 2020), pp. 1647-1680.

Conseguido el reconocimiento y siguiendo las instrucciones del secretario de Relaciones Exteriores, Alberto J. Pani, González trató de consolidar el acercamiento hacia Chile mediante la elevación de las respectivas representaciones diplomáticas al rango de embajada. La propuesta mexicana fue bien recibida por Alessandri, pero chocó con la oposición del legislativo chileno, lo que retrasaría la materialización de esta medida hasta 1927.²³ Este fracaso no desalentó al poeta jalisciense, que planteó la apertura de una ruta marítima directa entre los puertos del Pacífico mexicano y Valparaíso con el fin de incrementar el reducido comercio bilateral y fomentar las exportaciones mexicanas de petróleo, lastradas por la dependencia chilena del carbón. La similitud entre la mayoría de los productos exportables de ambos países y las barreras arancelarias impidieron cualquier avance en este sentido, pese al interés de las autoridades chilenas.²⁴

González tuvo algo más de éxito a la hora de contrarrestar la propaganda estadounidense en Chile, aprovechando para ello la progresiva regularización de las conexiones radiotelegráficas entre ambos países iniciadas en abril de 1920.²⁵ Ello facilitó la contrapropaganda del gobierno mexicano frente al dominio casi absoluto que, hasta ese momento, habían ejercido las agencias de prensa estadounidenses sobre las noticias publicadas por la prensa chilena acerca de México. González se mostró especialmente activo en este campo, aprovechando las ventajas brindadas por su prestigio literario entre el mundo periodístico y académico chileno. Su actividad proselitista permitió a la administración obregonista difundir una visión alternativa a la propagada por las agencias de prensa estadounidenses, como el propio González resaltaba —probablemente con excesivo triunfalismo— en sus informes a la Cancillería.²⁶ Con todo, el éxito de estas actividades debió ser bastante limitado, como pone de manifiesto la persistencia entre la opinión pública chilena de un imaginario negativo sobre el México revolucionario y la inquietud de la diplomacia chilena por la radicalización del régimen posrevolucionario.²⁷

²³ AHDGE-SRE, 3-8-7 (2). González a Cancillería, Santiago, 1 de marzo de 1922.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Palacios y Covarrubias, *Historia*, p. 221.

²⁶ AHDGE-SRE, 3-8-7 (1). González a Cancillería, Santiago, 7 de octubre de 1921.

²⁷ Palacios y Covarrubias, *Historia*, p. 195.

Curiosamente, el poeta no pareció muy interesado durante su estancia en estrechar sus relaciones con el mundo literario chileno, que despertó poco interés en González, pese al relativo entusiasmo con que su llegada fue saludada, entre otros, por la joven poetisa Gabriela Mistral, quien no coincidió entonces con González por encontrarse como maestra rural en el remoto pueblo de Temuco. El poeta sería sin embargo quien puso en contacto a la poetisa chilena con el entonces secretario de Educación Pública, Genaro Estrada, y quien gestionaría su posterior traslado a México.²⁸ Es cierto que, pese a la publicación en Buenos Aires del *Romero alucinado* (1923), el inicio de su actividad diplomática provocaría en el poeta un prolongado período de esterilidad creativa.²⁹

González —que siempre consideró su gestión en Chile como una antesala para pasar a Europa— trató de capitalizar su éxito a la hora de lograr el reconocimiento del gobierno de Obregón.³⁰ Pani, no obstante, consideró que sería más útil poner fin al prolongado interinato en que se encontraba la legación mexicana en el estuario del Río de la Plata desde diciembre de 1920, nombrándole ministro plenipotenciario en Argentina y Uruguay.³¹

El fracaso de la legación mexicana en Buenos Aires a la hora de promover una imagen favorable del México revolucionario se había visto acentuado por el abandono de la legación tras la muerte de Nervo en 1919 y de su sucesor, Jesús Urueta, un año más tarde. El autor de *Silénter* no llegaría a Buenos Aires hasta marzo de 1922 en un vagón especial de tren brindado por las autoridades chilenas y argentinas.³² En Argentina el poeta encontró un mundo cultural mucho más activo y aprovechó para establecer estrechas relaciones con el inquieto universo literario porteño, centradas fundamentalmente en torno a tres personajes con los que mantendría una intensa amistad: Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni y el uruguayo Horacio Quiroga, así como con varios de los impulsores de

²⁸ Serge Zaïtzeff, “Cartas de Gabriela Mistral a Genaro Estrada”, *Cuadernos Americanos*, 37 (México, 1993), pp. 115-131.

²⁹ Esther Martínez Luna, “La poesía castigada. Enrique González Martínez, diplomático”, *Escritores en la diplomacia mexicana*, vol. II (México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998), pp. 99-100.

³⁰ González Martínez, *La apacible locura*, pp. 81 y 102.

³¹ AHDGE-SRE, 3-8-7 (2). Cancillería a González, México, 19 de diciembre de 1921.

³² AHDGE-SRE, 3-8-7 (1). González a Cancillería, Buenos Aires, 20 de marzo de 1922.

la revista cultural *Nosotros*, como Arturo Capdevila, Rafael Alberto Arrieta, Emilio Berisso y Ricardo Rojas.³³

Su prestigio literario le valió ser nombrado profesor honorario de la Universidad de la Plata, poco después de su llegada, en lo que el poeta quiso ver un acercamiento entre el mundo universitario mexicano-argentino que, sin embargo, no llegaría a fructificar. Como tampoco lo hizo el proyecto de González para crear una Casa de México en Argentina, encargada de difundir la cultura mexicana en este país, y que debía huir de los estereotipos que caracterizaban al imaginario mexicano en el exterior, ya que —como argumentaba el poeta a sus superiores— “una india moliendo maíz, un pulquero y un charro, son cosas nuestras y amadas, pero en el extranjero se interpretan como muestras de atraso y pobreza”.³⁴ Sería, sin embargo, este imaginario el que el régimen posrevolucionario acabaría asumiendo como propio.

Durante los más de dos años que permaneció en Buenos Aires, el poeta-diplomático mexicano desarrolló una intensa labor de propaganda a favor del obregonismo a través de la publicación de artículos y notas oficiales en los principales periódicos argentinos, como *La Nación*, *La Prensa* o *La Razón*, así como en aquellos de menos circulación pero más favorables a México, como *La Unión* o la revista cultural *Nosotros*, con la que González colaboró asiduamente.³⁵ El diplomático mexicano aprovechó también su fácil acceso a los cenáculos culturales bonaerenses para impartir varias conferencias sobre la literatura mexicana, si bien no dejó de apreciar el escaso interés de la clase dirigente argentina por los hombres de letras.³⁶ La legación puso especial empeño en la difusión de libros de historia y literatura de México, especialmente de aquellas obras favorables a la Revolución, para lo cual promovió la firma de un convenio entre la Secretaría de Educación Pública, dirigida por Vasconcelos, y la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares de Buenos Aires, al tiempo que gestionaba la entrega de colecciones de libros mexicanos a varias

³³ Martínez Luna, “La poesía castigada”, pp. 102-103.

³⁴ Cit. en Pablo Yankelevich, *Miradas australes, Propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930* (México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 1997), p. 233.

³⁵ *Ibid.*, pp. 232-235.

³⁶ González Martínez, *La apacible locura*, p. 97.

escuelas y universidades argentinas. Como parte de su labor proselitista, González llegó incluso a patrocinar un concurso en torno al mejor ensayo sobre el ideal latinoamericanista dirigido a los sindicatos magisteriales bonaerenses. El poeta donó además una serie de grandes fotografías, mapas y vaciados arqueológicos a la biblioteca del Consejo Nacional de Educación, dirigida por Lugones, y logró que la Secretaría de Educación Pública dotara en sucesivos envíos de libros y materiales didácticos a la escuela primaria “México” fundada en 1923.³⁷

González aprovechó la política abiertamente latinoamericanista de las administraciones radicales de Hipólito Yrigoyen, primero, y Marcelo T. de Alvear, después, para conseguir el respaldo argentino a México en el ámbito panamericano, lo que constituyó un soporte importante para este país en el marco de la ofensiva diplomático-propagandista emprendida por Washington para condicionar el reconocimiento internacional a Obregón. En este sentido, tanto Argentina como Chile respaldaron la participación mexicana en la V Conferencia Panamericana, celebrada en Santiago de Chile en 1923 y, si bien Obregón se abstuvo finalmente de acudir —aduciendo la suspensión de relaciones con Washington— el caso mexicano planearía sobre el desarrollo de la conferencia, donde varios países criticaron abiertamente el monroísmo.³⁸ Entre otras medidas favorables a México, la Conferencia acordó que aquellos países que no tuvieran representación en Washington, donde se encontraba la sede de la Unión Panamericana, pudieran solicitar ser reconocidos como miembros de pleno derecho. La delegación argentina consiguió además que la presidencia del Consejo de la Unión, que anteriormente había sido desempeñada por el secretario de Estado estadounidense, tuviera en adelante un carácter electivo.³⁹

³⁷ AHDGE-SRE, 41-7-29. Correspondencia cruzada por este motivo entre 1922 y 1923 por González, Pani y Vasconcelos.

³⁸ AHDGE-SRE, L-E-195 (1). Pani a Enrique Bermúdez, ministro de Chile en México, México, 10 de enero de 1923. Sobre la posición mexicana hacia la Conferencia, *vid.* Juan Manuel Salceda, “México y la V Conferencia Panamericana: un campo de batalla diplomática contra el intervencionismo norteamericano”, *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, 50 (Morelia, 2009), pp. 61-104.

³⁹ Sobre la postura argentina en la conferencia, *vid.* Beatriz R. Solveira, *Argentina y la V Conferencia Panamericana* (Córdoba: Centro de Estudios Históricos Carlos Segreti, 1993).

El antiamericanismo de la prensa bonaerense permitió a González neutralizar parcialmente la campaña de Washington contra el gobierno de Obregón. El reconocimiento estadounidense en agosto de 1923 no contribuyó, sin embargo, a mejorar la imagen de la administración obregonista, a la que una parte de la prensa porteña tildó de entreguista tras la firma de los tratados de Bucarelli.⁴⁰ El estallido de la rebelión delahuertista en diciembre de 1923 terminó de echar por tierra buena parte de este esfuerzo propagandístico, al poner de relieve la fragilidad de Obregón, quien sólo logró sofocar la rebelión gracias al apoyo estadounidense. González secundó eficazmente la campaña de propaganda emprendida por su gobierno, distribuyendo casi a diario a la prensa los partes oficiales enviados por la Cancillería, desmintiendo aquellas noticias favorables a los rebeldes e incluso concediendo entrevistas a varios periódicos, especialmente en el momento más álgido del levantamiento.⁴¹ El diplomático jalisciense logró de ese modo —de acuerdo con sus propios informes— que la opinión pública argentina se mostrara favorable al gobierno. Sin embargo, el propio González tuvo que reconocer que la ayuda estadounidense había provocado la condena de aquellos sectores hostiles al intervencionismo norteamericano, que anteriormente habían respaldado a México en su pulso con Washington.⁴²

González no dejó de lamentar este desenlace frente al que poco pudo hacer, pues en junio de 1924 fue designado ministro en Madrid. En la capital española iniciaría la última y más crucial etapa de su carrera diplomática, ahora como operador del callismo, al contribuir a trenzar el acercamiento del régimen posrevolucionario mexicano al socialismo español y a la izquierda republicana, lo que sentaría las bases de la alianza informal establecida por ambos países durante la II República.

Un enlace entre el México revolucionario y la izquierda española

Tras desembarcar en Lisboa, González llegó a Madrid a fines de agosto de 1924, si bien tendría que esperar hasta el 2 de octubre para poder presentar sus cartas credenciales a Alfonso XIII.⁴³ La llegada del diplomático mexicano coincidió con la etapa final del lento

⁴⁰ AHDGE-SRE, 41-7-29. González a Cancillería, Buenos Aires, 2 de septiembre de 1923.

⁴¹ AHDGE-SRE, 41-7-29. Informes enviados por González a la Cancillería entre diciembre de 1923 y junio de 1924.

⁴² AHDGE-SRE, 41-7-29. González a Cancillería, Buenos Aires, 29 de enero de 1924.

⁴³ en AHDGE-SRE, 13-8-7 (2). González a Cancillería, Madrid, 2 de octubre de 1924.

proceso de normalización de las relaciones hispano-mexicanas iniciado en 1916, interrumpido en 1920 y reanudado en 1924 con el nombramiento de José Gil Delgado como ministro plenipotenciario de España en México, que venía a poner fin al largo interinato de la legación española en México tras el asesinato de Carranza. Este proceso se vería acelerado tras la llegada de Calles a la presidencia en diciembre de ese mismo año. La creciente estabilidad del nuevo régimen político mexicano, el papel de la colonia española en la reactivación económica del país y la creación en 1925 de una comisión mixta para resolver el problema de las reclamaciones de los españoles afectados por el proceso revolucionario contribuyeron a distender las relaciones bilaterales. El asesinato de Obregón en julio de 1928 y el inicio del Maximato —como se conoce al largo periodo de predominio político del general Calles— acabarían por normalizar las relaciones entre los dos países.⁴⁴

Este proceso debe inscribirse en el contexto general del pragmatismo de la política de Calles, quien estaba decidido a regularizar las relaciones del México revolucionario con el resto del mundo. Los acuerdos Calles-Morrow constituyeron el marco general de la nueva política mexicana dirigida a evitar que los aspectos más radicales del nacionalismo revolucionario afectaran a los importantes intereses extranjeros en México y, en definitiva, acabaran por tensar las relaciones del México posrevolucionario con el exterior.⁴⁵ En este contexto, la diplomacia española no tardó en darse cuenta de que había que distinguir entre la retórica oficial, de signo radical, y la política más conservadora impulsada por el propio Calles. La decisión del Jefe Máximo de ralentizar la reforma agraria, limitar el activismo sindical y suspender la aplicación de aquellos aspectos de la legislación mexicana que afectaban a la actividad de las empresas extranjeras en México facilitó, sin duda, este acercamiento, el cual se vio reforzado por algunos gestos simbólicos, como la incorporación en 1928 al calendario cívico mexicano de la festividad del 12 de octubre y

⁴⁴ Agustín Sánchez Andrés, “Las relaciones entre España y México durante la Primera Guerra Mundial y el periodo de Entreguerras”, *Viajeros, diplomáticos y exiliados. Escritores hispanoamericanos en España*, vol. I, eds. Carmen de Mora y Alfonso García (Bruselas, Peter Lang, 2012), pp. 53-62.

⁴⁵ El acuerdo informal alcanzado por Calles con el embajador estadounidense Dwight Morrow entre 1927 y 1928 resolvió provisionalmente los diferendos arrastrados por ambos países desde principios de la década y garantizó el respaldo de Washington al régimen posrevolucionario a cambio del respeto a los intereses económicos estadounidenses en México, *vid.* María del Carmen Collado Herrera, *Dwight Morrow: reencuentro y revolución en las relaciones entre México y Estados Unidos, 1927-1930* (México: Instituto Mora y Secretaría de Relaciones Exteriores, 2005).

la participación de México en la Exposición Iberoamericana celebrada en Sevilla un año más tarde.⁴⁶

La nueva política latinoamericana de la dictadura de Miguel Primo de Rivera tampoco dejó de tener cierto impacto sobre la mejora de las relaciones hispano-mexicanas. El intento del dictador de ejercer un cierto liderazgo en la región llevó a la diplomacia española a buscar un acercamiento con los países latinoamericanos desde los fundamentos teóricos del hispanoamericanismo conservador. Esta política tuvo un carácter esencialmente retórico e instrumental y no encontró apenas eco en los círculos oficiales mexicanos, pero contribuyó a que Madrid potenciara el diálogo a la hora de resolver aquellas controversias que en el pasado habían contribuido a tensar las relaciones con algunas de estos países y, de manera especial, con México.⁴⁷

La misión de González era contribuir desde España a consolidar este proceso y difundir una imagen favorable del régimen posrevolucionario entre la sociedad y las autoridades españolas. A diferencia de Sudamérica, donde había tenido que lidiar prácticamente en solitario con la imagen negativa de la Revolución propagada por las agencias de prensa estadounidenses, González encontró a su llegada a España a una opinión pública profundamente dividida hacia el proceso revolucionario mexicano. Ello se debía, en parte, a que las dos grandes agencias de noticias españolas: la *Agencia Fabra*, propiedad de la francesa *Havas*, y *Prensa Asociada*, vinculada originalmente a los medios católicos, reelaboraban críticamente las noticias sobre México provenientes de las agencias de prensa norteamericanas, antes de distribuirlas a los diarios españoles. El interés despertado por la Revolución llevó asimismo a algunos de los principales periódicos peninsulares a contratar corresponsales en México, así como a recurrir a la propia prensa mexicana, cuyas noticias eran frecuentemente reproducidas por la prensa española.⁴⁸ Todo ello proporcionó al

⁴⁶ Sánchez Andrés, “Las relaciones”, pp. 61-62.

⁴⁷ Juan Carlos Pereira, “Primo de Rivera y la diplomacia española en Hispanoamérica: el instrumento de un objetivo”, *Quinto Centenario*, 19 (Madrid, 1986), pp. 131-156. Una panorámica general de las relaciones con Iberoamérica durante la Dictadura en Pilar Caglio (coord.), *Diplomacia y acción cultural americana en la España de Primo de Rivera* (Madrid: Marcial Pons y Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2020).

⁴⁸ Óscar Flores, *Revolución Mexicana y diplomacia española: contrarrevolución y oligarquía* (México: Instituto Nacional de Estudios de Historia de las Revoluciones en México, 1995), pp. 31-32.

público español una imagen mucho más plural de México. Con todo, fue la propia polarización de la sociedad española la que condicionó una percepción dual del proceso revolucionario mexicano. Los diarios más conservadores, como *ABC* o *El Debate*, mantuvieron una posición crítica hacia la Revolución, lo que contrastaba con la percepción positiva de los medios vinculados al republicanismo reformista, como *El Sol*, y con la abierta simpatía de la prensa socialista, que veía en la Revolución Mexicana la materialización anticipada de su propio proyecto para España.⁴⁹ Esta imagen positiva se vio reforzada por la campaña de propaganda realizada por Obregón a través de algunos diarios y de revistas culturales, como la vanguardista *Cosmópolis* —que había dado a conocer varias de las traducciones de poesía francesa de González—, *España, Bolívar* o *Estampa*, donde Ramón María del Valle Inclán o la joven poeta Gabriela Mistral —ambos becados por el gobierno mexicano— publicaban artículos favorables a México.⁵⁰ En algunos casos, como en el de la revista barcelonesa *Némesis*, el gobierno mexicano llegó a subvencionar directamente aquellas publicaciones que contribuían a difundir una imagen favorable del régimen posrevolucionario en España.⁵¹

Esta situación facilitó la labor propagandística de González, que se vio favorecida además por la actitud de una parte de la prensa oficialista que, tras el golpe de Estado de Primo de Rivera, trató de establecer paralelismos entre los regímenes políticos de corte autoritario establecidos en ambos países, presentándolos como respuestas similares a la crisis del liberalismo parlamentario.⁵² Los esfuerzos de González se vieron además reforzados por la intensa actividad proselitista desplegada por otros escritores mexicanos en España, como Alfonso Reyes, quien había ocupado el puesto de encargado de negocios

⁴⁹ Para una panorámica general de la actitud de la prensa española hacia la Revolución Mexicana, *vid.* Almudena Delgado Larios, *La Revolución Mexicana en la España de Alfonso XIII (1910-1931)*, (Valladolid: Junta de Castilla y León, 1993), pp. 29-116.

⁵⁰ Héctor Perea, *La rueda del tiempo* (México: Cal y Arena, 1996), p. 159. Sobre las relaciones de Valle Inclán con el régimen posrevolucionario mexicano, *vid.* Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970* (México, El Colegio de México, 1994), p. 111 y Luis Mario Scheneider, *Todo Valle Inclán en México* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1992).

⁵¹ Lorenzo Meyer, *El cactus y el olivo. Las relaciones de México y España en el siglo XX* (México: Océano, 2001), p. 236.

⁵² Delgado Larios, *La Revolución*, pp. 106-109.

antes de su llegada,⁵³ así como Martín Luis Guzmán, Luis G. Urbina, Rebolledo y Torres Bodet, estos últimos como secretarios de la legación entre 1926 y 1931.

Este proselitismo se vio facilitado por los lazos de González con el mundo literario y cultural español, donde era bien conocido antes de su llegada, como poeta y traductor. Durante su estancia en España sus obras serían difundidas y comentadas por numerosas revistas literarias, como *Revista de Occidente*, *Alfar*, *Bolívar*, *La Gaceta Literaria* o *Raza Española*, al tiempo que su prestigio literario se veía incrementado por la publicación de *Señales furtivas* (1925) y *Poesía* (1929), así como por reediciones españolas de *El Romero alucinado* y de *Jardines de Francia*.⁵⁴ Ello le confirió un fácil acceso a la prensa española, donde además de sus colaboraciones literarias pudo publicar las notas y desmentidos enviados ocasionalmente por la Cancillería. El representante mexicano estableció una colaboración especialmente estrecha con *El Sol*, diario regeneracionista en la órbita del pensamiento de José Ortega y Gasset, al que suministraba regularmente informaciones de todo tipo sobre México, aprovechando su amistad con su director Félix de Lorenzo.⁵⁵ Las gestiones de González encontraron igualmente eco en *El Socialista*, cuyo director, Julián Zugazagoitia, publicaría a partir de 1926 numerosos artículos elogiosos sobre el México revolucionario, convirtiéndose además en colaborador asiduo del diario oficialista mexicano, *El Nacional*, desde su fundación en 1929.⁵⁶

Las relaciones literarias de González convirtieron a la legación de México situada en la calle de Lista, en el corazón del barrio de Salamanca, en uno de los lugares de encuentro del vibrante universo cultural madrileño, donde concurrían —de acuerdo con el propio autor— “escritores amigos, pertenecientes, en su mayoría a la izquierda y al movimiento republicano, pero entre los cuales había no pocos derechistas y monárquicos”.⁵⁷ Ciertamente, el representante mexicano frecuentó tanto a exponentes del hispanismo conservador, como Ramón Menéndez Pidal o Ramiro de Maeztu —sin olvidar

⁵³ Héctor Perea, *España en la obra de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990).

⁵⁴ Perea, *La rueda*, pp. 419-420.

⁵⁵ AHDGE-SRE, 39-7-78. González a De Lorenzo, Madrid, 12 de enero de 1926.

⁵⁶ Sobre las relaciones de *El Nacional* con los republicanos-socialistas españoles, *vid.* Alberto Enríquez Perea, “La República Española en El Nacional: legitimidad y compromiso, 1931-1939”. Tesis de Maestría en Ciencias Políticas (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986).

⁵⁷ González Martínez, *La apacible locura*, p. 107.

a los mexicanos afincados en Madrid Carlos Pereyra y Rodolfo Reyes—, como a Manuel Azaña, Ramón María del Valle Inclán, Antonio Machado, Francisco Giner de los Ríos o el también poeta Enrique Díez Canedo, entre otros muchos. Esta transversalidad amplificó su presencia en el ámbito cultural, traducida en la impartición de diversas conferencias en universidades y en centros culturales españoles que, en ocasiones, trascendieron el ámbito literario para convertirse en encendidas defensas del México posrevolucionario. Su pasión por el Siglo de Oro español permitía a González manejar un discurso que partía de la exaltación de las raíces hispánicas de México, para pasar a continuación a destacar los esfuerzos del régimen posrevolucionario para sacar a México del subdesarrollo. Esta estrategia discursiva se reveló sumamente efectiva, como puso de manifiesto el éxito del ciclo de conferencias impartidas en 1925 por el poeta en la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, publicados posteriormente bajo el epígrafe genérico de “Problemas mexicanos” (1925), o el discurso pronunciado en la apertura del año académico de la Universidad de Valladolid en febrero de 1926, titulado “El problema mexicano de la raza y la cultura”, repetido un mes más tarde en la Sociedad Económica Matritense y que sería reproducido íntegramente por periódicos de distinto signo político, como *El Debate*, *La Época*, *ABC*, *El Liberal* o *El Sol*.⁵⁸

Este tipo de actividades contribuyeron a difundir una imagen favorable del México revolucionario y a hacer que las relaciones diplomáticas hispano-mexicanas transcurrieran por los cauces de una cierta cordialidad que, sin embargo, no alcanzaba a ocultar del todo la desconfianza de la Dictadura hacia el México revolucionario. Esta se vio incrementada por la creciente afinidad de la oposición republicano- socialista con el régimen político mexicano.

El constitucionalismo social mexicano ejerció desde el principio una notable influencia sobre la izquierda española. Los primeros contactos tuvieron lugar a principios de la década de 1920, con las visitas de Valle Inclán y de Marcelino Domingo a México por invitación de Obregón, pero el acercamiento no se consolidaría realmente hasta la presidencia de Calles (1924-1928). Fue entonces cuando el peso del sindicalismo en el

⁵⁸ AHDGE-SRE, 3-8-7 (2). Cancillería a González Martínez, México, 28 de abril de 1926.

régimen mexicano, de la mano del dirigente de la CROM y secretario de Industria y Trabajo, Luis Morones, y su marcado anticlericalismo convirtieron a México en el modelo a seguir para buena parte de la oposición a la dictadura de Primo de Rivera, tanto de la izquierda republicana como del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), pese a que una parte de éste colaboró con la Dictadura hasta bien entrado 1929.⁵⁹ No resulta sorprendente que González fuera recibido, pocos días después de su llegada a Madrid, por un grupo de “políticos y hombres de izquierda, escritores en su mayoría, que fueron a verme y a expresar su simpatía por México”.⁶⁰ Debió ser por entonces cuando el representante mexicano comenzó a tratar a Azaña y especialmente al socialista Julio Álvarez del Vayo, con el que llegaría a entablar una estrecha amistad. González sirvió de puente entre ambos políticos y Calles y puso en contacto al futuro embajador de la República en México con el secretario de Educación, Narciso Bassols, así como con varias personalidades de la izquierda nacionalista mexicana, como Juan de Dios Bojórquez, Jesús Silva Herzog y Eduardo Villaseñor, con los que Del Vayo viajaría en 1929 a la URSS.⁶¹ La rápida sintonía del ministro con la izquierda española y el desprestigio de los partidos tradicionales, que habían sido proscritos por Primo de Rivera, acabaron conduciendo a González a concluir que la única salida a la crisis española pasaba por la llegada al poder del PSOE, “agrupación en la cual hay muchos hombres puros y muchas capacidades respetables”.⁶²

Calles contempló con interés el acercamiento republicano-socialista, sobre todo en un momento en que el creciente desprestigio de la monarquía parecía anunciar su próxima caída. Eso pensaba al menos González, que en los informes enviados a la Cancillería entre 1924 y 1925 transmitía a su gobierno su convicción en torno a que el fracaso del Directorio Militar arrastraría a la monarquía, “contra la cual habla todo el mundo que se ocupa en asuntos políticos, dando como hecho que el régimen monárquico tendrá que desaparecer a breve plazo”.⁶³ La realidad iría rebajando paulatinamente el entusiasmo del ministro hacia

⁵⁹ Abdón Mateos, *De la Guerra Civil al exilio. Los republicanos españoles y México. Indalecio Prieto y Lázaro Cárdenas* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2005), pp. 29-30. Sobre la ambivalente relación del PSOE con la dictadura de Primo de Rivera, *vid.* José Andrés Gallego, *El socialismo ante la Dictadura, 1923-1939* (Madrid: Tebas, 1977).

⁶⁰ González Martínez, *La apacible locura*, p. 97.

⁶¹ Mateos, *De la guerra*, p. 33.

⁶² AHDGE-SRE, 3-8-7 (2). González Martínez a Cancillería, Madrid, 20 de diciembre de 1924.

⁶³ *Ibid.*

la inminente proclamación de la república, al constatar que la Dictadura parecía más sólida de lo previsto inicialmente. Con todo, ni el levantamiento del estado de guerra en mayo de 1925, ni el éxito de la campaña de Marruecos parecieron desalentar a González, quien tras la creación del Directorio Civil en diciembre de ese mismo año seguía considerando que “la vuelta al orden constitucional interrumpido era tan difícil como antes”.⁶⁴

Sus informes animaron probablemente a Calles a refrendar su apuesta por el bloque republicano-socialista, como pone de manifiesto que el Congreso de México declarara luto oficial tras la muerte de Pablo Iglesias en diciembre de 1925.⁶⁵ Sin embargo, las conexiones del ministro mexicano con la oposición republicana y socialista también acabaron poniendo a la legación mexicana bajo la lupa de las autoridades españolas. Las relaciones se vieron además cada vez más enrarecidas a consecuencia de la política anticlerical de Calles y del estallido de la Guerra Cristera en 1926. El conflicto religioso volvió a tensar las relaciones bilaterales conforme se fueron multiplicando las expulsiones de religiosos extranjeros, en su mayoría españoles. El Directorio Civil actuó inicialmente con prudencia para evitar complicaciones a la colonia hispana en México y, tras fracasar un intento de mediación colectiva, ordenó a la legación recurrir únicamente a gestiones confidenciales para tratar de atenuar el rigor de las autoridades mexicanas, al tiempo que concedía discretamente asilo a varios religiosos mexicanos.⁶⁶

Ello no evitó que las expulsiones provocaran una campaña contra México por parte de la prensa católica. La falta de información de la legación sobre los pormenores de dichos incidentes impidió a menudo una respuesta adecuada, como reconocía el propio González en sus memorias, en las que confesaba “que en términos generales, habría querido yo de parte de mi gobierno mayor prudencia y formas de mayor suavidad para tratar tan delicados asuntos”.⁶⁷ Esta situación provocó que el Directorio acabara plegándose a “las presiones de elementos clericales representados por la Compañía de Jesús, la Santa Sede y el

⁶⁴ AHDGE-SRE, 39-7-77. González Martínez a Cancillería, Madrid, 17 de julio de 1925 y 2 de enero de 1926.

⁶⁵ Congreso de la Unión, *Diario de los debates*, XXXI Legislatura, III, 56, 10 de diciembre de 1925.

⁶⁶ Archivo Histórico Nacional. Ministerio de Asuntos Exteriores (en adelante AHN-MAE), H-2564. Memorandum del Ministerio de Estado, Madrid, 11 de agosto de 1926 y Ministerio de Estado a Juan Enrique Martín, ministro de España en México, Madrid, 23 de agosto de 1926.

⁶⁷ González Martínez, *La apacible locura*, p. 106.

episcopado español, apoyados incondicionalmente por la reina madre, para adoptar hacia México una actitud hostil”.⁶⁸ La inapropiada admonición en torno a la política anticlerical de Calles obsequiada por Alfonso XIII al representante mexicano en la recepción celebrada con motivo de su natalicio en mayo de 1926, contribuyó a tensar las relaciones, lo que se tradujo en la censura de las noticias favorables a la política anticlerical de Calles y en la imposición de todo tipo de trabas burocráticas a los trámites realizados por la legación.⁶⁹

Esta situación trató de ser instrumentalizada por la oposición republicano-socialista para atacar a Primo de Rivera mediante la celebración de una manifestación de adhesión a la política anticlerical de Calles y de respaldo al nacionalismo revolucionario mexicano. La demostración fue convocada para el 30 de enero de 1927, entre otros, por el clausurado Ateneo de Madrid. Imprudentemente, González autorizó que los manifestantes pudieran acceder a la sede diplomática para dejar su tarjeta y firmar un pliego dirigido a Calles. La policía impidió sin embargo el acceso a la legación y detuvo a varios manifestantes, lo que provocó las airadas protestas del representante mexicano que no logró que el general Emilo Mola, director de Seguridad Pública, desbloqueara el acceso a la representación diplomática, ni consiguió ser atendido por el ministro de Estado o el de Gobernación.⁷⁰ Por el contrario, el gobierno español telegrafió a su legación para quejarse ante Calles de la conducta de González, al tiempo que publicaba en la prensa una declaración conciliadora, en la que, tras deplorar el sufrimiento de los católicos mexicanos, aclaraba que el respeto a la soberanía mexicana impedía cualquier gestión en ese sentido.⁷¹ Por instrucciones de la Cancillería, González presentó una nota de protesta en la que manifestaba “la penosa impresión que ha causado a mi gobierno [...] prohibir una manifestación de simpatía hacia un país amigo”. El ministro reconocía el derecho del gobierno español a autorizar o no cualquier manifestación política, pero solicitaba explicaciones por la actuación de la policía

⁶⁸ AHDGE-SRE, 27-4-85. González a Cancillería, Madrid, 1 de febrero de 1927.

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ AHDGE-SRE, 27-4-85. González a Cancillería, Madrid, 31 de enero de 1927. González distorsiona intencionadamente este episodio en sus memorias, situándolo incorrectamente en abril y afirmando que el conato de manifestación tuvo lugar inmediatamente después del incidente con el rey que, en realidad, tuvo lugar en mayo del año anterior. González Martínez, *La apacible locura*, pp. 113-114.

⁷¹ AHDGE-SRE, 27-4-85. Cancillería a González, México, 31 de enero de 1927. *ABC*, Madrid, 31 de enero de 1927.

frente a la legación.⁷² El gobierno español contestó con una fría nota en la que señalaba que la frustrada manifestación sólo había invocado a México como pretexto para atacar al régimen y deploraba irónicamente, en una poco velada alusión al ministro, “que el nombre de México haya sido desaprensivamente relacionado con fines aviesos en la política interior española”.⁷³

El incidente no llegó a más. La Cancillería ordenó a González que considerara cerrada la cuestión. Finalmente, como señalaba el canciller, Aarón Sánchez, a González la actitud hacia México de la oposición republicano-socialista y de un gran número de intelectuales españoles había superado las expectativas de la administración callista, que veía de ese modo confirmada su apuesta.⁷⁴ Pese a todo, Calles moderó en adelante su política de expulsión de religiosos para evitar nuevas complicaciones con el gobierno de Primo de Rivera.⁷⁵ La Dictadura también adoptó una actitud conciliadora, como puso de manifiesto la entrevista concedida en julio por el propio dictador a *Excélsior*, en la que se esforzó por proyectar una buena imagen de su régimen en México, al tiempo que resaltaba el excelente estado de las relaciones hispano-mexicanas.⁷⁶

En realidad, las relaciones bilaterales entraron en una etapa de enfriamiento. El progresivo desinterés del gobierno español por el problema religioso mexicano no implicó el final de la censura impuesta a los artículos favorables al régimen posrevolucionario en la prensa española.⁷⁷ La reciente experiencia llevó a González a mantener un perfil más bajo en sus relaciones con el gobierno español, así como a moderar su exposición pública sin llegar a interrumpirla por completo. Ello no significa que el poeta no siguiera desarrollando una activa labor como interlocutor del callismo ante la oposición republicano-socialista. El poeta colaboró con Urbina, presidente de la Comisión Mexicana de Investigaciones y Estudios Históricos de Madrid, para que la participación mexicana en la Exposición Iberoamericana de Sevilla, celebrada entre 1929 y 1930, fuera un éxito. La

⁷² AHDGE-SRE, 27-4-85. González a Ministerio de Estado, Madrid, 3 de febrero de 1927

⁷³ AHDGE-SRE, 27-4-85. Ministerio de Estado a González, Madrid, 5 de febrero de 1927

⁷⁴ AHDGE-SRE, 27-4-85. Cancillería a González, México, 15 de febrero de 1927

⁷⁵ Meyer, *El cactus*, pp. 221-222.

⁷⁶ *Excélsior* (México), 28 julio 1927.

⁷⁷ AHDGE-SRE, 39-7-79. González a Cancillería, Madrid, 8 de enero de 1929.

invitación de González Martínez a un grupo de dirigentes socialistas con motivo de la inauguración del pabellón mexicano en Sevilla puso sin embargo de manifiesto cuál era el verdadero interés del Maximato en España. Este evento y, en menor medida, la Exposición Internacional que tuvo lugar ese mismo año en Barcelona fueron aprovechados por Calles para proyectar una imagen del México posrevolucionario acorde con el nacionalismo cultural mexicano, donde indigenismo y modernidad parecían ir, de forma un tanto contradictoria, de la mano.⁷⁸

En sus pormenorizados informes a su gobierno, el poeta siguió con interés el progresivo desmoronamiento de la Dictadura, que culminaría con la renuncia y exilio de Primo de Rivera en enero de 1930.⁷⁹ González celebró especialmente la reapertura del Ateneo de Madrid y el retorno de Miguel de Unamuno desde el exilio. El poeta se mostró especialmente activo durante el gobierno provisional del general Dámaso Berenguer, durante el cual protegió discretamente desde la legación el activismo republicano de Guzmán, pese a la animadversión profesada por Calles al autor de *La sombra del caudillo*, publicada el año anterior en Madrid.⁸⁰ Por intermedio de Guzmán, el representante mexicano llegó incluso a ofrecer la legación mexicana como refugio a Azaña, quien había estado escondido en el piso del escritor en el barrio de Salamanca tras el frustrado pronunciamiento republicano en Jaca en diciembre de 1930.⁸¹ En octubre de ese mismo año, González había culminado las negociaciones interrumpidas en 1926 para restablecer las relaciones con Portugal, rotas durante la Revolución Mexicana.⁸²

La proclamación de la II República en abril de 1931 supuso la materialización de las esperanzas depositadas por el Maximato en el triunfo de republicanos y socialistas como

⁷⁸ Mauricio Tenorio, *Mexico at the World's Fairs. Crafting a Modern Nation* (Berkeley: University of California, 1996), pp. 220-231 y Raquel U. Franklin, "La interpretación de lo mexicano en los pabellones posrevolucionarios: 1922-1929", *México en los pabellones y las exposiciones internacionales, 1889-1929* (México, CONACULTA, 2010), p. 30.

⁷⁹ AHDGE-SRE, 39-7-79. González a Cancillería, Madrid, 23 de abril, 15 de julio, 6, 19 y 28 de agosto y 31 de diciembre de 1929.

⁸⁰ Guzmán había sido detenido por la policía el 1 de mayo al disolver la policía una manifestación republicana con motivo del regreso a Madrid de Miguel de Unamuno. AHDGE-SRE, 39-7-80. González a Cancillería, Madrid, 16 de mayo de 1930.

⁸¹ Perea, *La rueda*, pp. 374-375.

⁸² AHDGE-SRE, 39-7-78. González a Cancillería, Madrid, 21 de julio de 1926 y AHDGE-SRE, 21-9-77. González a Cancillería, Lisboa, 29 de octubre de 1930.

base para un acercamiento duradero a España. González se apresuró a reconocer al nuevo régimen con el que el México posrevolucionario establecería desde el primer momento una alianza estratégica. Respondiendo a una iniciativa del secretario de Relaciones Exteriores, Genaro Estrada, el poeta tuvo tiempo antes de retornar a México de coronar una vieja aspiración del carrancismo, al acordar personalmente con Azaña la elevación de las representaciones de ambos países al rango de embajadas.⁸³ No llegaría a ocupar ese cargo, que correspondería ya a Pani, como embajador extraordinario del gobierno de Pascual Ortiz Rubio. La gestión de González en España, tras la cual el poeta abandonaría la diplomacia, puso fin a una etapa de transformación de las relaciones hispano-mexicanas durante la cual se pusieron los cimientos del acercamiento entre ambos países durante la II República.

Conclusiones

La trayectoria de González Martínez como representante de México en Chile, Argentina, Uruguay y España entre 1920 y 1931 refleja el funcionamiento de la diplomacia cultural utilizada por los gobiernos posrevolucionarios durante el período de Entreguerras. Una política dirigida a contrarrestar los estereotipos negativos creados por la Revolución y tratar de proyectar una imagen positiva del país en el exterior. Todo ello como parte de una estrategia de *soft power*, dirigida a facilitar la normalización de las relaciones del México revolucionario con el resto del mundo y construir contrapesos a las complicadas relaciones con los Estados Unidos. Las sucesivas administraciones mexicanas recurrieron con este fin a agentes culturales —fundamentalmente intelectuales y literatos— capaces de poner sus capacidades y redes culturales al servicio de los objetivos exteriores del nuevo régimen político mexicano.

Este fue el caso de González Martínez que, como otras figuras de la diplomacia mexicana, no procedía de la élite cultural revolucionaria, sino del realineamiento tardío de una parte de las élites intelectuales porfiristas con el régimen posrevolucionario. El poeta

⁸³ El gobierno de Carranza lo había intentado infructuosamente en enero de 1920, tras la elevación de la legación argentina en Madrid a embajada. Las reticencias del gobierno español hacia el régimen posrevolucionario mexicano impidieron su concreción. Ésta no se materializaría hasta el 11 de mayo de 1931. Las negociaciones pueden seguirse en AHDGE-SRE, 21-9-77. El poeta dejaría la legación a cargo de Torres Bodet para regresar a México a mediados de junio de ese mismo año.

fue enviado a Chile y posteriormente a Argentina para tratar de impulsar un acercamiento con ambos países dirigido a formar un frente contra las pulsiones intervencionistas de Estados Unidos en el continente. Este objetivo pasaba, en gran medida, por cambiar la percepción negativa de la Revolución Mexicana entre la opinión pública chilena y argentina. Su principal éxito fue lograr que el gobierno de Alessandri reconociera a Obregón. Las relaciones establecidas por González con las élites culturales de ambos países sentaron asimismo las bases para una futura cooperación cultural, especialmente en el caso argentino, si bien no consiguieron modificar significativamente la imagen negativa arrastrada por el régimen posrevolucionario en el Cono Sur.

El poeta-diplomático tuvo más éxito en el caso de España, adonde llegó con la misión de consolidar la normalización de las relaciones hispano-mexicanas. González se integró rápidamente en las importantes redes culturales ya establecidas entre ambos países y las utilizó para difundir una imagen positiva del régimen político mexicano entre la polarizada sociedad española. Ello facilitó la creciente convergencia entre González y la izquierda española, que veía en el proceso revolucionario mexicano la materialización de sus propios proyectos para España. Esta situación bloqueó cualquier posibilidad de acercamiento con la dictadura de Primo de Rivera, cuya desconfianza hacia el régimen posrevolucionario se vio incrementada a raíz del conflicto cristero, pero convirtió a González en un enlace entre el régimen posrevolucionario y la oposición republicano-socialista. Un papel que contribuyó a reforzar la decisión de Calles de apostar por la izquierda española, lo que conduciría a la alianza estratégica establecida entre ambos países tras la proclamación de la II República.